

— ¿Lo juras?

— ¡Lo juro!

— Está bien entonces, dijo miss Sun-Ray levantándola. Ya sabía que eras una buena muchacha y acabaríamos por entendernos. Esta noche vendrás al teatro Adelphie conmigo, donde te presentarán al antiguo residente de Nepaul... Sobre todo, ponte hermosa. Y después un consejo : Cuida de no enamorarte de sir Franck y traicionarnos.

Dicho esto, salió del salón.

Georgina quedó sola, sacudida por fuertes sollozos.

LIBRO SEGUNDO

LA BELLA INDÍGENA

I

EN EL TEATRO ADELPHIE

Antes de entrar definitivamente en el drama, cuyos numerosos personajes hemos presentado al lector, nos resta explicar cómo Sauton el Baniano entró á formar parte de la banda organizada por Day-Lily.

Después de terminado su paseo, y concertada una cita con Roberto Vaughtant para el día siguiente, para la compra de la casa, Franck, acordándose que su hermano le había dicho que esa tarde había fiesta para celebrar su llegada, y vería á Dick y á Mary, volvió á casa del alderman.

Había fiesta, en efecto, en casa de éste.

¿ Fiesta ?

Es decir : una comida tan copiosa como succulenta y rociada con los mejores vinos franceses.

Esto no era lo que á Franck le hubiese agradado.

Para mejor expresar el gran contento que la llegada de su hermano le causaba, el alderman había convidado á un cierto número de invitados, ante quienes podía enorgullecerse de su parentesco con el ex-*virrey* de Nepaul.

Este hubiera ciertamente preferido ver en esta primera reunión un carácter más íntimo y más familiar. Pensaba poder charlar largamente con sus sobrinos y trabar conocimiento con ellos. El primer examen de ellos le satisfizo. Dick era un muchacho de veinte años que se parecía á su madre; es decir : que se parecía igualmente á su tío Franck. El antiguo residente podía verse en él, tal como era cuando tenía esa edad. Esto agrada siempre.

En cuanto á Mary, sus grandes ojos dulces, acariciadores y confiados, su sonrisa gentil, su rostro delicado, su gracia joven, no habían encantado menos á Franck, que, por otra parte, ya estaba dispuesto á dejarse seducir.

Por eso sentía doblemente no poder tomarlos aparte y en una charla amigable recibir sus confidencias, escuchar los detalles de su infancia, conocer sus gustos, sus sueños para el porvenir, saber si se amaban y si estaban dispuestos á amarle.

En lugar de esto, había tenido que tomar parte en una conversación con gentes desconocidas que le eran indiferentes, hablar de su larga permanencia en la

India, y oírlos vanagloriarse de las maravillas de la capital inglesa.

Adrián y los convidados, entre el tradicional « roast-beef » y el no menos tradicional « pudding », no habían faltado de sacar á relucir las aventuras cinegéticas del antiguo residente. Tuvo éste que hacer narración de sus cacerías y de sus viajes, con gran admiración de sus vecinos de mesa, á pesar de la modestia personal de sus narraciones.

Sobre todo, había un joven y elegante gentleman, que no era otro que Day-Lily presentado por Adrián como hijo de familia, con quien tenía relaciones cordiales, que monóculo en el ojo y camelia en el ojal, llevó su indiscreción hasta preguntarle, con insistencia, detalles de su visita á la tribu de los Scikhs, de las odiseas que las damas desdeñadas le habían hecho héroe y aun sobre su última expedición con el « Lucifer » y su proceso contra la compañía. Siempre esa historia obsedante del diamante!

Sin embargo, sir Franck había puesto á mal tiempo buena cara. No podía culpar á Adrián de haber tenido la idea de asociar á algunos amigos á su alegría fraternal.

Con complaciente calma había contestado hasta á las preguntas indiscretas del joven del monóculo.

Estaba frente por frente de éste, y le parecía que la cara del joven no le era desconocida. ¿ Dónde y cuándo lo había encontrado? No sabía. Acaso un parecido vago en una persona, cuyo recuerdo no podía precisar su memoria, y que, sin embargo, no podía borrar.

Este joven y los otros curiosos le habían por modo tal acaparado, que tuvo que renunciar á la idea de ocuparse, de manera especial, de Dick y Mary.

Se hubiera creído que lo habían premeditado con Adrián, si Franck hubiera sido capaz de una tal suposición basada en un pariente, en quien, con tal confianza, el mismo día había depositado una cartera con trescientas mil libras.

Por un momento el grueso Adrián y Day-Lily se habían retirado al gabinete del primero.

— Bien, mi querida Sun-Ray, he reflexionado en lo que me habéis dicho este mediodía.

— Ah! ¿y el resultado de esas reflexiones?

— Mi hermano ha puesto entre mis manos su fortuna, y estoy decidido, más que nunca, á guardar fielmente su depósito.

Satisfecho de su broma, el alderman había dicho esto riéndose.

— No he podido ocultaros esto, siguió, porque nada puedo ocultaros, ya lo sabéis, mi querida, mi bella Sun-Ray.

— Tregua de frases! interrumpió secamente Day-Lily. Ya os he dicho que tanto vuestro interés como el mío es saber quién tiene el verdadero « Ojo de Siva ».

— En efecto, bella y adorable, me lo habéis dicho.

— Vos queríais contentaros con algunas centenas de mil libras, sin preguntaros si una tal operación compromete vuestra seguridad y satisface á mis amigos y á mí.

Adrián bajó la cabeza.

— Ya os he explicado qué había para vos y para mí un negocio más importante que el residente, siguió Day-Lily. Si queréis guardar la fortuna que os ha confiado sin correr el riesgo que os la reclame, bastará, creedme, convencerle de la substitución del Koh-i-noor... Una vez convencido de esta substitución, si osa abrir la boca para reclamaros, aunque sea un penny, no nos costará trabajo cerrársela.

— Es justo...

— Y, ¿cuál es el mejor medio para llegar á este resultado? Quitarle el diamante.

— El mejor, en efecto, aprobó el alderman.

— ¿Estáis convencido? Tanto mejor... Pero aún os he dicho otra cosa. No basta formar un plan, hay que realizarlo. Es lo más difícil... y para llegar á ello hay que sacrificar una parte de ese depósito :

El alderman lanzó un suspiro.

Day-Lily prosiguió tranquilamente.

— El dinero es el nervio de la guerra. El residente ha puesto en nuestras manos las armas que servirán para combatirle. Me habéis pedido tiempo para reflexionar. ¿Estáis decidido?

El alderman lanzó un suspiro más fuerte.

— Sólo tengo una objeción que hacer, respondió, pero sería.

— Decidla.

— Si Franck no tiene el diamante, será dinero inútilmente gastado.

Day-Lily hizo un gesto de impaciencia.

— Estáis equivocado. Sabremos dónde está « Lucifer »

y bajo palabra, si la reina lo tiene, á ella se lo quitaremos. Pero para esto, sobre todo, necesitamos dinero. Por otra parte, entendedlo bien, estoy decidida á tentar el negocio con ó sin vos, cueste lo que cueste, decidida. Y si lo hago sin vos...

Day-Lily no acabó la frase; pero ese *quos ego* lo subrayó con una mirada que hizo palidecer al alderman.

— Está bien, dijo vivamente, consiento. Soy vuestro inquebrantable aliado, mi dulce Sun-Ray.

— El negocio ya tuvo principio, siguió Day-Lily.

— Vais de prisa.

— Es necesario... He dado la lección á la marquesa, que se ha encontrado con vuestro hermano, y cuya belleza ha producido su efecto ordinario.

— Se parece á vos, Sun-Ray.

— El residente será su vecino.

— ¿Cómo así?

— Ha comprado en « los jardines » la villa vecina á la que Hackney regaló á Georgina.

— ¿La ha comprado?

— Si. Y acaso los ojos bellos de Georgina tengan la culpa de ello. Roberto Vaughant está encargado de la venta.

— ¿Pero con qué pagará Franck si yo tengo su dinero?

— Vos pagaréis por él.

— ¿Es muy cara? gimió Adrián.

— Treinta mil libras.

El suspiro que lanzó el alderman sacudió su enorme abdomen.

— Pagaréis, insistió Day-Lily.

— Es preciso, suspiró el alderman, pues que vos lo queréis, Sun-Ray. Treinta mil libras, setecientos cincuenta mil francos. Este Franck que se da aires de modestia.

— No queda más que hacer esta noche, siguió Day-Lily, después de un corto silencio, que ir al teatro Adelphie, donde nos espera la marquesa. Es preciso que le presentemos al residente hoy mismo... Pero ¿qué hacéis, querido?

Esta pregunta fué motivada por un nuevo cambio de fisonomía del alderman.

De blanco que era se había tornado purpúreo, sus mejillas se inflaban y su respiración era corta.

— Sun-Ray, mi dulce y adorable Sun-Ray, suspiró, bien veis que estoy dispuesto á obedeceros en todo, sumiso como un esclavo... Hace ya mucho que así estoy á vuestros pies... ¿Cuándo tendrá su recompensa una sumisión tan completa?

— Voy á haceros rico como un nabab. ¿Qué más deseáis?

— Ah! Sun-Ray.

— Si me obedecéis es por vuestro interés... y también os he prestado ya algunos servicios.

— Sun-Ray, no tan sólo por eso cumplo vuestra voluntad! Hace doce años, bien lo sabéis, que os amo... y espero... Hoy, el nuevo, el inmenso sacrificio que exigis de mí...

Durante la comida Adrián se había entregado á frecuentes y copiosas libaciones... El vino producía su

efecto. Con una audacia de que hubiera sido incapaz á sangre fría se acercó á Sun-Ray, con gesto suplicante pero familiar.

Pero ésta no estaba de humor para prestarse á semejantes juegos. Sin esfuerzo aparente cogió con una de sus pequeñas manos, una de las gruesas manotas del suspirante ridículo, y lo obligó á retirarse lanzando un grito de dolor.

— Querido mío, dijo secamente, de una vez por todas, pues que me dais ocasión de volverlo á decir, cesad de darme, aún entre nosotros, el nombre de Sun-Ray, con el que me traicionaréis delante de testigos en uno de vuestros momentos de expansión. Sun-Ray no existe, y no debéis ver en mí sino á vuestro aliado Day-Lily, hasta el día en que el éxito haya coronado nuestros esfuerzos y seamos bastante ricos para no temer el pasado! No os amaré sino hasta que seáis Lord-Maire.

Adolorido, frotándose las manos, Adrián no contestó.

— Vamos, concluyó Day-Lily, ya es tiempo de ir á presentar el residente á la marquesa.

Entraron los dos al salón donde estaba Franck rodeado por los amigos del alderman.

— Mi hermano ha hablado ya bastante de tigres y de brahamines, dijo Adrián. Le he prometido enseñarle cómo entendemos la vida, nosotros ingleses de la libre Inglaterra. Iremos, si les parece á concluir la noche en algún teatro.

Para Franck era la salvación. Se levantó apresurada-

mente para responder á la invitación de su hermano. Antes de salir buscó con la vista á Dick y á Mary; pero los dos jóvenes, sin duda por orden de Adrián, se habían retirado... á la inglesa.

El teatro Adelphi, situado en el Strand era una sala de espectáculos, especialidad de Inglaterra, compuestos de pantomimas, parodias y diversiones excéntricas y funambulescas representadas por clowns y acróbatas.

Sir Franck no vió nada del espectáculo ni prestó atención alguna á los artistas, anunciados pomposamente con epítetos tales como, *Ideal perfection! Great Star! the marvel! ever new! inimitable! incredible comic!* etc.

El palco en que se encontraba, tomado con anticipación por Day-Lily, estaba contiguo al que ocupaba la marquesa, y la irresistible belleza de Georgina y la penetrante caricia de su mirada producían en el residente el mismo efecto de encanto indefinible que ya habían producido.

¿No había, por otra parte, en esta serie de encuentros, en los que sir Franck no podía adivinar el cálculo, una singular obstinación de la casualidad á ponerle en presencia de esta exquisita joven?

¿Acaso la historia contada por Roberto Vaught, de la infame persecución de que era objeto, había contribuido á convertir su atención en verdadero interés?

No, seguramente esta criatura adorable no tenía nada de cortesana á pesar del origen de su sobrenombre de « marquesa ». Su belleza estaba formada de ideal

juventud, de gracia cándida y poética, de pudor y castidad.

¿Quién sabe si el caballero sir Franck se soñaba ya libertando á la desconocida de sus perseguidores?

Por otra parte, la marquesa no fué la única persona ya vista por él en el día y encontrada de nuevo.

Franck, mucho se asombró de ver en la sala al mismo Roberto Vaughant, que le había en la tarde vendido una casa y dado sobre Georgina los informes que sabemos.

Mejor aún : ese Roberto conocía á su hermano, el alderman y al joven del monóculo. Vino, en efecto, á estrecharles la mano, y el antiguo residente anunció á su hermano la adquisición hecha, y le suplicó de encargarse del arreglo pecuniario del asunto. A lo que el alderman asintió con una sonrisa que parecía más gesto doloroso.

Sir Franck no vió este gesto; á pesar de la oscuridad del rincón en que se encontraba, acababa de reconocer la larga figura de A. E. I. O. Uckrill, N° 3. Sólo que los ojos de éste le parecieron más brillantes que en la mañana, cuando lo desembarazó del « N° 28 ordinario ».

— El colmo, pensó Franck, sería encontrar también al « número 28 ».

Se puso á buscarle; pero no lo encontró. En cambio vió al grandullón que había pretendido obligarle á dar una escena de box en la calle...

Es de Jehan Marasquin de quien hablamos. Estaba ahí en compañía de un hombrecillo que Franck no conocía, y que no era otro que el gentleman Pip. Éste

estaba como amateur. Uckrill le había dado permiso por la noche. Había llevado á su hermana Swab y á su buena amiga Sucky, y para pasar agradablemente la noche bebían sendos vasos de grog.

Había aún en la sala otro personaje, cuya vista hubiese hecho estremecer á sir Franck. Era un hombre de cara bronceada, cuya apariencia, astuta y enérgica bajo una máscara de impasibilidad, hubieran hecho reflexionar á un observador. Aunque vestido á la Europea, se le encontraban rasgos de esa raza exótica de marineros que desembarcan en Londres de navíos provenientes de la India. En pie, tras uno de los pilares de la sala, cerca de una puerta de salida, estaba como hipnotizado con la vista fija en el palco ocupado por el alderman y su hermano. Así estuvo toda la función sin que sir Franck le viese.

Alguien le veía, sin embargo. Desde el fondo de su oscuro rincón, Uckrill se preguntaba el por qué ese hombre miraría tan obstinadamente al residente. Porque Uckrill tenía ojos para todo, y su olfato le hacía presentir un misterio, y también tenía sus razones para ocuparse de todo lo que, de lejos ó cerca, parecía atañer á sir Franck.

II

SAUTON EL BANIANO

Terminado el espectáculo, los espectadores en masa se dirigieron á la salida, y Uckrill se deslizó entre la turba tratando de aproximarse al personaje desconocido. Este no había salido; parecía esperar á alguien, y este alguien era Franck. Además, parecía querer ocultar su cara al residente, pues cuando éste pasó cerca de él, volvió el rostro. El residente salió y el hombre hizo lo mismo, tras él. Uckrill no perdía pisada.

— No me equivocaba, pensaba. Este individuo espía al tío de miss Mary.

De repente un grito de mujer asustada se dejó oír: era Georgina quien lo había lanzado. Llevada hacia adelante por el empuje brutal de la turba, la joven oprimida, sofocada, presa de temor se sintió desfallecer.

Felizmente, dos brazos la sostuvieron á tiempo.

Eran los de sir Franck que, viendo el aprieto en que se encontraba, se había precipitado á su socorro...

— Lugar, exclamó.

Y uniendo la acción á la palabra, mientras con una mano sostenía por el talle á Georgina, con la otra abría á empellones un camino.

Esto ayudó á deslizarse tras él al hombre de cara bronceada; y, tras éste, Uckrill.

La marquesa, casi desmayada, no tenía fuerzas ni para darle las gracias á Franck.

Al llegar al Strand, el antiguo residente buscó con la vista un coché.

— He aquí el coche de esta dama, murmuró una voz junto á él.

Si no hubiese estado preocupado por la salud del fardo que conducía en sus brazos casi hasta el coche, hubiese acaso reconocido la voz del hombre negro, que ya en la mañana le había hecho un servicio.

El fresco reconfortó á Georgina.

— Gracias, pudo murmurar, sin vos me hubiesen aplastado. Y tendía gentilmente la mano.

— ¿Estáis mejor? preguntó Franck.

— Tuve más miedo que daño; pero vos fuisteis á mi socorro. Y heme aquí curada.

— Si no tuviese miedo de ser indiscreto, señora, me permitiría suplicaros permiso para acompañaros hasta vuestra casa. Así me retiraría seguro de vuestro estado.

La bella Georgina tuvo un momento de duda...

Ya el antiguo residente llevaba la mano á su som-

brero para saludar y retirarse, cuando una sonrisa de la joven le detuvo.

— No solamente no sois indiscreto, sino que sois galante, dijo haciéndole lugar en la victoria.

Instalado sir Franck, el coche partió á gran trote.

Peró no partió solo. A cierta distancia tras ella, el hombre de rostro bronceado la seguía atento á no perderla de vista.

Como se habrá ya pensado, Andrew, Ellick, Isaiah, Otto Uckrill, hizo otro tanto.

Y aún otro más había tomado parte en esta carrera singular. Este era Day-Lily.

Separado de sir Franck al producirse el incidente á la puerta del teatro, había asistido de lejos á la escena que hemos referido.

— Vaya! Vaya! había dicho al alderman viendo subir al residente á la victoria. Ved á vuestro hermano! Vuestros negocios marchan bien, pardiez, más deprisa de lo que hubiese creído... Es listo el residente! Es preciso que sepa hasta dónde llega la aventura.

Diciendo esto, hizo signo á un cochero, y subiendo rápidamente.

— A los « jardines », de prisa, ordenó.

El cochero lanzó su caballo á galope de modo tal que llegó á la verja de la villa de Georgiina antes que ésta.

Day-Lily se bajó y despidió al coche.

Después, para observar mejor lo que iba á pasar, se emboscó á unos cuantos pasos de distancia en una enramada. A esta hora el barrio estaba desierto.

Bien pronto llegó la victoria y sir Franck descendió.

Si Day-Lily esperaba ver al antiguo residente entrar esa noche en casa de la marquesa, se equivocó.

— Gracias una vez más, dijo la voz de Georgiina.

— ¿Me permitís venir mañana á saber noticias de vuestra salud?

— Me consideraré dichosa, señor.

Y fué todo.

Después sir Franck saludó respetuosamente y se alejó, mientras que la verja se abría para dar paso á la victoria.

— Pardiez, pensó Day-Lily, no valía la pena de molestarte, y este Inglés de la India es menos emprendedor de lo que creía...

« Pero, ¿qué es esto? se interrumpió de repente. Si no es que sueño y mi imaginación me forja fantasmas... Eh! pardiez que no, no sueño! no soy el único en espiar al residente.

Monologando así, había salido de la enramada donde se escondiera, y seguía, á lo largo del muro, pero disimulándose siempre y sin hacer ruido, avanzando hacia la sombra de un hombre emboscado, junto á quien sir Franck tenía forzosamente que pasar.

Avanzando así, Day-Lily sacó de su bolsillo una pistola que amartilló.

El hombre que observaba al residente no se dió cuenta de la llegada de otro personaje. Day-Lily estaba junto á él.

Ya era tiempo, sir Franck acababa de pasar rozando sin ver á su enemigo oculto. Inmediatamente éste levantó el brazo y la hoja de un puñal brilló en la

noche. Pero el brazo no bajó y el hombre no se movió. Day-Lily le había cogido el puño con fuerza obligándole á permanecer inmóvil.

Sir Franck no había escuchado nada. Ya estaba lejos.

Bruscamente el hombre se volvió, abierta la boca para lanzar un grito de cólera y sorpresa, haciendo esfuerzos para desasirse.

Pero Day-Lily lo tenía con fuerza.

— Silencio, ordenó en voz baja

Y apoyó la orden con nueva presión de sus dedos de acero, y amenazando con la pistola en la otra mano.

Su adversario dejó caer el puñal.

Sir Franck seguía alejándose.

Cuando su silueta se perdió en la noche, Day-Lily arrastró bajo la luz de un reverbero á su enemigo.

Era el hombre bronceado del Teatro Adelphe, que vimos lanzarse tras el coche de la marquesa.

— ¿Quién sois? preguntó Day-Lily, y ¿por qué queréis la vida de ese hombre?

Había levantado un poco la voz, guardándose bien de un ataque imprevisto.

— Miradme bien, respondió el otro con voz sorda y gutural. ¿Es que me parezco á las gentes de vuestro país? Yo no soy de vuestra raza...

— Eso no es contestar á mi pregunta.

— Vos me comprenderéis... Sois el más fuerte, mi vida está en vuestras manos, mandáis y obedezco... Por otra parte, no quiero ser tomado por un ladrón vulgar... Soy un Indio, soy hijo de brahmines... El hombre que he querido matar ha insultado mortalmente á mi tribu...

Ha abusado de la hospitalidad de mi padre, un patriarca, para seducir una de sus hijas... Una Devadassi ha sido manchada por el contacto impuro de este extranjero... Siva quiere su sangre... Sólo la muerte de este hombre puede lavar la mancha inmunda, que su crimen, llevado á cabo con la complicidad de una sacerdotisa, ha echado sobre nuestra casta... He ahí porqué he querido matarlo... Es mi derecho y mi deber...

Day-Lily lo dejó hablar sin interrumpirlo, observándolo mientras escuchaba.

— Diablo! diablo! se decía viendo la expresión de fanatismo, de astucia y de fría ferocidad que había tomado la cara del Indio. Diablo! diablo! He aquí un hombre que viene á mezclarse en mi negocio y puede echármelo á perder; es preciso que me desembarace de él ó me haga su aliado.

« ¿Cuál es vuestro nombre, amigo? dijo dirigiéndose al brahmin. No temáis hablar, que no quiero haceros ningún mal. Por el contrario, acaso pueda serviros nuestro encuentro.

Hablando así, soltó el puño del Indio, que agradecido por esta prueba de confianza, y acaso intrigado por las últimas palabras, no hizo movimiento alguno para huir.

— Mi nombre es Sauton el Baniano.

— Bien, amigo Sauton, tengo algo que proponeros.

— ¿Qué?

— Yo os he impedido hoy haceros justicia matando á sir Franck Zephyr, antiguo residente de Nepaul.

— ¿Le conocéis, preguntó vivamente el Indio.

— Le conozco tan bien que os ayudaré á vengaros, si queréis comprender lo que espero de vos.

— ¿Por qué habéis detenido mi brazo hace poco?

— Ah, ah! por una razón que bien pronto comprenderéis.

— Hablad!

— Pues que habéis dicho vuestro secreto, bien puedo deciros el mío. Si os he impedido matar á sir Franck Zephyr, es porque acaso él sea el poseedor del diamante verdadero que servía de ojo á la divinidad que invocasteis poco ha.

— El ojo de Siva, murmuró Sauton. Es verdad, también tengo que castigar ese sacrilegio.

— Veréis cómo podemos entendernos. Tenemos dos negocios con el mismo hombre... Yo por el diamante y vos por vuestra venganza. Sólo que á mí me interesa por el momento que viva, y vos sólo soñáis con su muerte... Ayudémonos mutuamente; dejadme su vida mientras la necesito, que después os la abandonaré. Además, esto no es todo...

— ¿Qué más?

— Sir Franck es rico... Como pago de vuestra alianza tendréis vuestra parte en su fortuna... El diamante vale una suma enorme... Tendréis vuestra parte.

— La fortuna de sir Franck! El diamante! murmuró el Baniano, casi á pesar suyo, con una mirada codiciosa.

Hubo un momento de silencio.

— Bien! respondió por último, no puedo rehusar lo que me proponéis, pues ya me habéis probado que

sois fuerte á pesar de la apariencia... Por otra parte, yo puedo seros más útil de lo que pensáis.

Se interrumpió y se inclinó en actitud de hombre que presta oído atento.

— ¿Qué hay? interrogó Day-Lily.

— ¿No habéis oído nada?

— No.

— Sin embargo, me ha parecido que en esa « lane » estrecha y oscura que separa dos jardines hay alguien.

Day-Lily corrió hacia la « lane » en cuestión, que se encontraba á algunos pasos del lugar donde charlaban. Sin duda Sauton se equivocaba, ó lo que oyó fué algún gato ó pájaros en las ramas de algún árbol vecino, pues Day-Lily fué hasta el otro extremo de la « lane » sin encontrar nada.

— No importa, dijo Sauton, no me gusta hablar en las calles de cosas semejantes. Los muros suelen tener oídos.

— Tenéis razón, y sois prudente. Seguidme.

— ¿A dónde?

— A un lugar en donde podremos hablar con seguridad.

El Baniano se inclinó asintiendo; por otra parte, Day-Lily no le llevó lejos. Atravesando la calle se dirigió á la villa de la marquesa. Además de la verja una puerta daba acceso al jardín. Él tenía la llave de esa puerta que abrió y cerró después de haber entrado seguido por su compañero.

En el momento que penetraron en la villa, un tercer personaje se izó á fuerza de puños sobre la cresta del

muro lateral de la « lane » donde Sauton había creído oír ruido hacía poco.

Sauton tenía razón; los muros tienen oídos, ó cuando menos en esa ocasión habían tenido.

Day-Lily sólo había buscado en la « lane », pero el hombre que los escuchaba estaba en un jardín vecino.

El indiscreto no era otro que A. E. I. O. Uckrill, que, como se recordará, á la salida del teatro había seguido á Sauton, quien, á su vez, seguía á sir Franck. Uckrill no había perdido su tiempo, y ciertamente no sentía haber dado á sus piernas un movimiento tan vivo. Desde su escondite había seguido todas las peripecias de la escena representada en la calle, y una sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios, mientras, con su flema habitual, saltaba el muro que le sirviera de abrigo, y tomaba el camino de Scotland Yard.

¿Qué se dijeron aún Day-Lily y Sauton el Baniano? Los acontecimientos se encargarán de responder.

A la mañana siguiente, Adrián entregó, con nuevos suspiros hipopotamescos, á Roberto Vaughtant los setecientos cincuenta mil francos, precio convenido por la propiedad adquirida por sir Franck en los « Jardines de Cremonne ».

El antiguo residente ordenó que algunas reparaciones fueran hechas en la casa.

Hagamos notar que el arquitecto encargado de la dirección de los trabajos había sido recomendado por Adrián, y se entretenía, recibiendo explicaciones minuciosas, con un hombre de apariencia exótica y rostro bronceado. Este era Sauton.

La misma tarde, Uckrill alquiló en la callejuela de que hemos hecho mención, una madriguera que daba al jardín de la propiedad de sir Franck.

En ese cuarto, con mobiliario insignificante, Uckrill instaló al capitán Dady O' Crab, el cual, por otra parte, se acomodó perfectamente, indiferente como era á suntuosidades. Dady O' Crab tenía para hacerle compañía su botella de gin, y el famoso vaso que el gentleman Pip, fiel á su palabra, le regalara.

Algunos dias pasaron sin incidente notable.

El capitán cuya vida aventurera le había valido muy buenas relaciones, no las había echado en olvido.

Se sabe ya que entre sus conocidos antiguos, tenía interés especial en Roberto Vaughtant y Jonathan Girle. Aunque retenido la mayor parte del tiempo en su observatorio de la callejuela, no perdía de vista á sus buenos amigos; y cuando salía á verlos, Pip lo reemplazaba en su puesto de observación.

Por él supo una mañana Uckrill su partida para Francia en compañía de un indio llamado Sauton.

¿A qué?

Dady O'Crab lo ignoraba, pero sabía que Day-Lily debería juntarse con ellos la siguiente semana.

Así fué como Uckrill, prevenido á tiempo, hizo una excursión al continente, y á la vuelta de su viaje lo encontramos á bordo del Leicester, como ya se ha dicho, junto con miss Sun-Ray, Sauton, Miraída, las siete señoritas Elphinstonne, el caballero Blancanard, el caballo Lucifer, el globo Lucifer, y los esposos Dupoteau.

Uckrill, como la golondrina de la fábula, aprendió mucho en su viaje. ¿Qué? Era un hombre tan poco comunicativo que no se lo dijo á nadie.

No ignoramos, sin embargo, que había descubierto una nueva conspiración contra sir Japhet Holover de Over Peover.

Por otra parte se encontró con un enigma insoluble. Lo que le intrigaba grandemente era la jovencita que Sauton llevaba haciéndola pasar por hija suya : mentira evidente.

Si el lector quiere recordar, Uckrill se paseaba por el puente del Leicester cuando fué interrumpido en sus reflexiones por la aparición de un yate de recreo sobre el cual sir Franck paseaba á la marquesa, y que para desesperación del Sr. Celeste Dupoteau se llamaba : « El Lucifer » !

¿Qué había pasado en Londres durante su ausencia?

¿Era tan sólo una bravata del antiguo residente por los rumores maliciosos que acerca de él corrían?

O bien, como Uckrill lo había oído decir á Day-Lily, ¿estaba ya sir Franck encadenado por la marquesa, y era eso una señal de que Georgina había sorprendido su secreto?

Por un momento se lo preguntó Uckrill lleno de angustia.

III

GRAN EXHIBICIÓN

Londres es una gran ciudad. Esta verdad incontable nos da la seguridad de los axiomas siguientes : la industria aproxima las naciones; los viajes aéreos elevan el alma; la raza caballar degenera, y las mujeres jóvenes y bonitas forman la minoría.

Algunos detalles sobre la ciudad son necesarios, pues que sirve de teatro al drama cuya prólogo se conoce ya.

El barrio rico es el « West End », barrio del Oeste y se compone de « Leicester-Square », entre el « Strand » y « Regent-Street », « Hyde Park », « Saint-James Park », « Green Park », « Westminster », « Oxford Street », « Whitehal », « Picadilly » y « Trafalgar Square », este último trazado sobre el lugar que ocupaban « los jardines de Cremorne » en la época de nuestro relato.

El « Crystal-Palace » fué considerado en la época de la primera exposición como un prodigio metalúrgico.